

ser como los desgraciados esclavos de sus novelas a los que el jefe de tribu hacía cavar sus propias tumbas. No podía gritar ni oponerse a las órdenes del asesino. Puso el pie derecho sobre el pedal y empezó a darle. Al principio la máquina renqueó un poco; luego, la polea se tensó y la rueda entró en rotación velozmente. El chico había empezado a rezar. «Dí tus oraciones», había leído en las aventuras de bandidos generosos, o bien: «Reza el credo». Y él rezaba llevando el compás del pedaleo.

El hombre se remangó —tenía manchas de sangre en las muñecas— y se aprestó a sacar filo al arma homicida. Parecía estar contento, acometer el trabajo con alegría. Nicasio se fijó en que tenía un cinturón ancho de cuero recamado con una fila de monedas de a real. Acercó el hombre, por fin, el cuchillo a la rueda y el roce produjo un haz de chispas.

—Sí, muchacho. Tienes un oficio bueno y agradable que ayuda mucho a los demás. ¿Cómo se las arreglarían sin él los zapateros y los sastres? Yo, antes de dedicarme a esto de matar, también fui afilador. Mi nueva ocupación me pareció al principio algo desagradable. Las hay que arman mucho ruido. Una vez quité a una de enmedio en una casa de campo. Aquella vez sí me conmoví porque su hijito se lamentaba como si se diera cuenta de lo que hacía con su madre. Creo que de haber sido mayor, se habría echado sobre mí.

Nicasio estaba aterrado. Dale que dale al pie. Rueda que rueda la piedra. Habla que habla el asesino. No obstante, un rayo de esperanza le alumbró: El asesino siempre le hablaba de ellas. Sí: Era un maniático de esos que solo matan mujeres. ¡Qué horror! El muchacho tuvo una resolución. Dejó de darle al pedal y quiso correr hacia la puerta, pero el asesino le cortó el paso.

—Oye, mocosó, ¿así tratas tú a todos los clientes?

—¡No! Yo no puedo ayudarle. Máteme, pero yo no le ayudo. ¡Es usted un asesino!

—Un asesino, un asesino. . . Hablas como si fueras una mujer. Mucho insultar y, luego, acudirías a ver ahorcar a una persona.

Angel CRESPO.